

Jesús hoy / Palabra de Vida

Los milagros de Jesús

Pbro. Juan Eduardo Vargas Flores

Introducción

La Sagrada Escritura nos da testimonio de que Jesús ha hecho presente el Reino de Dios en su misma persona y lo ha manifestado mediante su palabra acompañada en ocasiones de signos que la acreditan de manera particular. No es que la palabra de Cristo necesite, en modo absoluto, ser acreditada por un signo exterior, antes bien, el signo responde, pedagógicamente, a la necesidad que el hombre tiene de recibir estas manifestaciones exteriores para acercarse con fe a “Aquél que ha proclamado su palabra”.

Efectivamente, toda la obra salvación que ha realizado Cristo se ha llevado a cabo bajo esta doble realidad: la palabra y el signo, signo que en ocasiones se expresa mediante un milagro. De hecho, los múltiples milagros que Jesús lleva a cabo, testimonian que el Padre le ha enviado (cf. Jn 5,36: “... *las obras que el Padre me ha encomendado llevar a cabo, las mismas obras que realizo, dan testimonio de mí, de que el Padre me ha enviado*”; 10,25: “*Las obras que hago en nombre de mi Padre son las que dan testimonio de mí...*”). Por lo tanto, los milagros fortalecen la fe en Aquél que hace las obras del Padre: los milagros testimonian que Él es el Hijo de Dios (cf. Jn 10,31-38: “*Muchas buenas obras de parte del Padre les he mostrado. ¿Por cuál de esas obras quieren apedrearme?... Si no hago las obras de mi Padre no me crean; pero si las hago, aunque a mí no me crean, crean por las obras y así sabrán y conocerán que el Padre está en mí y yo en el Padre*”).

Ahora bien, ¿qué es un milagro?, ¿para qué se realiza un milagro?, ¿cuántos tipos de milagros narra la Biblia? Y sobre todo, ¿qué relación hay entre los milagros y el Señor Jesús?

Los milagros en la Biblia

Desde el punto de vista bíblico, los milagros son signos que muestran, por una parte, la presencia del Reino de Dios: cuando se verifica un milagro, el Señor está manifestando, por medio de él, que su reino ya está entre nosotros, porque el milagro responde a las profecías anunciadas que anticiparon los grandes sucesos que el Señor realizaría a favor de su pueblo, cuando llegara el momento de salvación (época mesiánica), simbólicamente llamado el año de gracia del Señor (cf. Lc 4,18: “*El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor*”; Is 61,1).

Además, el milagro acredita a los portadores históricos de la promesa divina. Los patriarcas y profetas fueron hallados veraces ante el pueblo de Israel, gracias a las señales que Dios les permitió realizar, y el pueblo de Israel reconoció que era auténtico su llamamiento porque Dios acreditaba, mediante el milagro, a sus mensajeros. Sin embargo, no podemos expresarnos del mismo modo respecto al Señor Jesús. Aunque los milagros que él realiza son signos que le acreditan como portador de la promesa divina de salvación, no olvidemos que él sí realiza el milagro por su propio poder, ¡él es Dios! y ¡único Salvador!

El sentido correcto del milagro

Ciertamente cometeríamos un error si entendiéramos el milagro como una manifestación arbitraria del absoluto poder de Dios. Los milagros son signos para la fe y no prodigios que satisfagan la curiosidad o productos de la magia. Todo milagro está, sin duda alguna, en el amplio contexto universal de la historia de la salvación: como anticipación que da testimonio del poder de Dios para hacer presente la salvación, poder que ha hecho su irrupción definitiva en por la encarnación de Jesucristo y toda la obra que a él le acompaña, particularmente en su misterio pascual de pasión, muerte y resurrección.

Los milagros no han de entenderse como una simple proliferación de lo maravilloso, al margen del mensaje salvífico, sino que más bien, ellos mismos son evangelio, mensaje salvífico operante.

Jesús y los milagros en el evangelio

Ahora bien, puesto que los tres primeros evangelios (Mateo, Marcos y Lucas) designan al milagro con la palabra griega *dynámeis* (acciones poderosas), hemos de entender el milagro como una “manifestación de poder” divino en orden a la salvación. En este caso, la palabra *poder* no insiste en la manifestación prodigiosa de Dios, sino en la presencia de la salvación, que vence las fuerzas y potestades del mal.

Todos los relatos de milagros presentes en los evangelios, se caracterizan por una intención particular que el evangelista tiene al expresar por medio de los milagros, alguna nota especial de la personalidad del Señor Jesús. Así pues, podemos constatar que para Marcos, los milagros están destinados a *mostrar el poder de Jesús* con el que se establece su Reino. En el evangelio de san Mateo, los milagros son signos que manifiestan a Jesús *como profeta del Altísimo*, que ha venido a liberar a su pueblo; para Lucas, cada signo milagroso *revela la misericordia de Dios* con los afligidos y con los que lloran por el sufrimiento y en la enfermedad. En cuanto al evangelio de Juan, los milagros son considerados como *signos de la gloria* que resplandece ya en la actividad terrena del divino Maestro.

La acción permanente del Padre en su Hijo

A lo largo de toda actividad de Jesús narrada en los evangelios, notamos que el objetivo del milagro es, ante todo, mostrar el amor y la misericordia de Dios en Cristo Jesús por su Santo Espíritu; se trata, por tanto, de signos que mueven a ver la acción permanente del Padre por el bien de sus hijos. En este sentido, el milagro anticipa, ya desde ahora, la situación del futuro completo y perfecto de la salvación - llamado futuro escatológico -: entonces no habrá enfermedad, ni sufrimiento ni muerte, sino sólo vida, vida plena en Cristo Jesús.

En efecto, Jesús, movido por su grande piedad para con nosotros, ya se trate de su poder para perdonar los pecados (Mc 2,5-12: “*Viendo Jesús la fe de ellos, dice al paralítico: Hijo, tus pecados te son perdonados... Pues para que sepan que el Hijo del hombre tiene en la tierra poder de perdonar pecados – dice al paralítico -: a ti te digo, levántate, toma tu camilla y vete a tu casa*”), ya se trate de su autoridad sobre el sábado (Mc 3,4: “*Y él les dice: ¿Es lícito en sábado hacer el bien en vez del mal, salvar una vida en vez de destruirla?*”), o de su mesianidad regia (Mt 14,33: “*Y los que estaban en la barca se postraron ante Él, diciendo: Verdaderamente eres Hijo de Dios*”), de su envío por el Padre (Jn 10,36: “*... a aquel a quien el Padre ha santificado y enviado al mundo, ¿cómo le dicen que blasfema por haber dicho: Yo soy Hijo de Dios?*”) o del poder de la fe en él (Mt 8,10-13: “*Al oír esto, Jesús quedó admirado y dijo a los que lo*

CENTRO SAN CAMILO
VIDA Y SALUD
NO. 14 (2005)

seguían: Les aseguro que en Israel no he encontrado en nadie una fe tan grande... Anda; que te suceda como has creído”), testimonia su misión y su dignidad de Hijo de Dios. Lo que en milagro acontece, acontece para que lo reconozcamos, profesando nuestra fe en Él y adhiriéndonos en modo personal como a verdadero Hijo de Dios.